

El personaje del gallego en algunas comedias de Lope de Vega y de Tirso de Molina

CHRISTIAN ANDRÈS

Université de Picardie. Amiens

Unas cuarenta o cincuenta comedias de Lope de Vega se refieren –de una manera o de otra– a Galicia y a gallegos, si doña Blanca de los Ríos puso de moda la designación de «ciclo galaico-portugués» para calificar catorce comedias precisas de Tirso de Molina¹. A pesar de la disparidad cuantitativa, si nos fijamos por lo esencial en el personaje gallego propiamente dicho, desde un enfoque a la vez teatral e ideológico, me parece legítima una tentativa no tanto estrictamente comparatista entre ambos grandes dramaturgos como averiguadora de la manera propia –si la hay– de enfocar y construir a un personaje gallego. Por supuesto, huelga decir que la cuestión del personaje es compleja, y su definición algo problemática, pero baste afirmar que mi enfoque de un «personaje» dramático se aparenta mucho a lo que llamó Ryngaert «una encrucijada del sentido²». Ahora bien, para llegar a examinar de modo satisfactorio al personaje del gallego en nuestros dramaturgos, y sobre todo el modo de construirlo, habría que tener en cuenta una gran variedad de factores singularizadores: la edad, el sexo, la situación social, el oficio, la época en que vive, el lugar, sus características físicas y psicológicas, su lenguaje, su relación con el espacio, con los demás personajes, lo que hace, lo que desea, lo que teme... lo que necesitaría todo un libro.

1. Tirso, *Obras dramáticas completas*, Aguilar, t. II (1962: 53a).

2. Ryngaert (2000: 114) escribe: «Le personnage est un carrefour du sens».

Algunas características comunes en los personajes gallegos de Lope y de Tirso: las positivas

Lo más obvio, quizás, será la alta consideración que tienen ambos dramaturgos de la nobleza gallega, y en particular Lope, cuando Fabio en *El Abanillo* establece una neta dicotomía entre el vulgo gallego y la nobleza:

Gallegos, gente non sancta,
Esto el vulgo, que los nobles
es de lo mejor de España³.

De todos modos, se desprende del conocimiento de la literatura clásica que para los españoles de antaño se consideraba a la nobleza gallega como a la mejor de España, y al pueblo gallego, de lo peor de España⁴. Se puede aducir otro ejemplo de la buena opinión nobiliaria que tenía Lope de los gallegos, con este pasaje de *El mejor Alcalde, el Rey*:

Pero en Galicia, señores,
es la gente tan hidalga
que sólo en servir al rico
el que es pobre no le iguala⁵.

Sin embargo, aparte de los Castros –y sobre todo de don Juan de Castro un personaje teatral algo extraordinario– según Sánchez Cantón, son muy pocos los caballeros o hidalgos gallegos que Lope de Vega sacó al teatro: el conde de Ribadeo, el duque de Montalvo y marqués de Orense, Don Juan de Ribadeneyra, un hidalgo de Santa Marta de Ortigueira, Don Juan Luis de Vivero, y un Marcelo de Vivero⁶. En efecto, y sin plantearnos la cuestión de la historicidad de tales personajes sólo citados a veces, habría que añadir a esta lista, a «un rey gallego», al real personaje de Alfonso VII, en la bella comedia *El mejor Alcalde, el Rey*, en boca de Celio:

Como Alfonso se ha criado
en Galicia, con el conde
don Pedro de Andrada y Castro,
no le negará la puerta,
por más que sea hombre bajo,
a ningún gallego⁷.

3. *Obras de Lope de Vega*, RAE, t. III (1917: 4b).

4. Placer (1949: 439): «Los clásicos tenían dos medidas, una para la clase noble gallega, y otra para el pueblo bajo; aquélla era alabada y éste vilipendiado. Una razón, y no pequeña, de esta diferencia, era la adulación al poderoso».

5. Lope de Vega, *Obras escogidas*, Aguilar, t. I (1969: 477a).

6. Respectivamente, en *Más pueden celos que amor*; *Satisfacer callando y Princesa de los Montes*; *La mal casada*; *El primer Fajardo*; *Lo que pasa en una tarde*; *Los ramilletes de Madrid*. Van citados por Sánchez Cantón (1969-1971: 99-100).

7. Lope (*op. cit.*, p. 490a).

En cuanto a Tirso, también se encontrará la buena opinión ya señalada como en la hermosa comedia –cuyo protagonista femenino y gallego se profundizará en su tiempo– *Mari-Hernández la gallega*. Tenemos el caso del personaje noble, caballeresco y leal, el conde de Monterrey, como se puede apreciarlo cuando se dirige a la portuguesa doña Beatriz de Noroña, perseguida por la ira del rey don Juan II de Portugal, y refugiada en sus tierras:

A vuestros sucesos queda
 Nuestra tierra agradecida,
 Y yo más, que me ocasiona,
 Señora, a que en ella os sirva.
 [...]
 Haced cuenta que trocáis
 A Portugal por Castilla,
 Y a Chaves por Monterrey,
 Pues desde ahora en su silla
 Sois absoluta señora⁸...

A propósito del conde de Monterrey, se sabe que Tirso buscaba su amistad, como mecenas⁹, y será probablemente lo mismo con las alabanzas a los Castros –a semejanza de su maestro Lope– en *Los amantes de Teruel*, y *La romera de Santiago*¹⁰. Y también existe en Tirso, como en Lope, cierta tendencia a inventar linajes gallegos, pero siempre con intencionalidad precisa, y en este caso, me parece que Tirso va más lejos en el terreno dramático. No se puede olvidar que en materia de ficción dramática Tirso creó el personaje gallego de Juan García dos Morrazos, un personaje gracioso improvisado por otro personaje ficcional, la gallega Mari-Hernández en presencia del conde de Monterrey, cuando finge ser deudo suyo, y para dar crédito a sus patrañas habla en gallego o en un idioma que se le parezca:

Teña maon sua señoría.
 O meu pai foi cociñeiro
 de vosso pai muitos días,
 porque de nossa nobreza
 foi o solar sua cociña.
 Seudo cociñeiro, pois,
 e probando a comida
 que guisaba, craro está
 que o mesmo manjar comía
 o meu que o vosso pai.
 Isto ¿he verdade¹¹?

8. Tirso, ed. Aguilar, t. II, Acto II (1962: 84b).

9. Placer (1949: 441-442).

10. Nos precisa Placer (1949: 423) que en 1622 –fecha de composición de *La romera de Santiago*– vivía el séptimo conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro y Ossorio.

11. Tirso, *op. cit.*, Acto III, p. 97a.

Y seguirá la demostración según la que tal Juan García de Morrazos, hijo de un «fidalgo de Betanzos» y de una «fidalga de Calabazos¹²», es deudo del conde de Monterrey, pero tal invención se hace en clave cómica, burlesca, y también puede interpretarse como una burla de Tirso respecto a lo que sería exageración gallega en ser de lo más noble de Castilla.

Unas cuantas características comunes en los personajes gallegos de Lope y Tirso: las negativas

Sin duda, en ambos dramaturgos, los rasgos negativos resultan más numerosos que los precedentes, y eso se deberá a una doble causalidad: por una parte, los tópicos y prejuicios anti-galleguistas no escaseaban en los siglos XVI y XVII, y luego existía lo que se podría llamar una «leyenda negra» de Galicia y de los gallegos; por otra parte, dichas malas opiniones se revelaban en las comedias un venero generoso de recursos cómicos, de chistes eficientes y situaciones divertidas. Al gracioso, pues, le tocará las más veces expresar ese género de juicios o prejuicios, mejor dicho. Sin embargo, también daré en mi turno unos cuantos ejemplos, evidentemente, para ilustrar dicho aspecto de las mentalidades de antaño. Sin embargo, afirmo que tendrá poco que ver tanta mala opinión de los gallegos, según lo que leemos en las comedias, con la realidad de las cosas y lo que ambos dramaturgos debían de pensar objetivamente, como personas, de los gallegos.

De suerte que si se toma al pie de la letra lo que escribe el dramaturgo con lo que piensa realmente el hombre Lope o Tirso, uno corre el riesgo de confundirlo todo –como lo hizo Vázquez Martínez– al estimar que Lope pudo llegar «al insulto claro», con la cita ya señalada de «Gallegos, gente non sancta...», pero no comparto en absoluto su opinión, porque bien se sabe que en aquel entonces solía existir una distinción tajante en materia de opinión colectiva, por no decir castellana, acerca del vulgo gallego y de la nobleza gallega, como queda dicho más arriba. En cambio, puede tener razón Vázquez Martínez cuando estima que, a causa de cierta sospecha vigente sobre la falta de limpieza de sangre de los gallegos –en claro que pasaban por moriscos– en el teatro no será por casualidad si varios personajes de gallegos se ven muchas veces obligados a justificarse, a protestar reivindicando sus orígenes y haciendo alarde de su honra al mismo tiempo. Por ejemplo, en *Santa Casilda*, de Lope, Calambre debe afirmar su calidad de gallego y de hombre honrado, pero sabemos que es un gracioso adicto al vino:

... borracho soy (aunque pese a Mahomilla)
 un buen gallego honrado
 de aquellos bebedores de Castilla
 que con una castaña
 se beberían de vino una montaña¹³.

Otro rasgo negativo, es lo tocante a la cultura, o mejor dicho a la incultura que parecía atribuirse a los gallegos. Y es verdad que parece extraño en ciertos diálogos teatrales el

12. *Idem, ibidem.*

13. *Obras de Lope de Vega*, RAE, t. II (1917: 584b).

que un gallego pueda ser culto, haber estudiado en colegios mayores, ya que hace falta proclamarlo en tal caso:

DECIO Con el latín me regalo
Ya voy cobrando el aliento
Logicam audio et sum ego
Compostelano¹⁴...

Muchas veces, se asociaba a Galicia con la fertilidad en nabos, y hasta se podía divertir al público al jugar con el sentido fálico que evocaría su forma¹⁵ –como se sugiere en estos versos de la comedia de Lope, *Lo que pasa en una tarde*:

Lorenzo de Figueira,
gallego, pero no tanto
que no tuviera en Castilla
como de limosna un cuarto,
entró más galán que él sólo
si bien, por ser corto y ancho,
era nabo de su tierra
fétil de hidalgos y nabos¹⁶.

Pero en cuanto a gallegas, en Lope, encontraremos a la vez la comparación con los nabos, y otro juicio despectivo sobre su falta de higiene y su adicción al sexo como en este pasaje de *La Burgalesa de Lerma* :

Hay gallegas rollizas como un nabo,
entre puerca y mujer, que baja al río
y lava más gualdrapas que un esclavo,
cantando como carro en el estío¹⁷.

Ahora bien, es de reconocer que la falta de limpieza corporal también se les achacaba a los gallegos, a los mozos de mesón en particular, como ocurre en *El bobo del colegio*:

FABIO ¿Tengo cama?
REYNEL. Sábanas echaba ahora;
la una entre gallega y galga,
que con la Santa Limpieza
Tiene inútil repugnancia¹⁸.

Sin embargo, aquí resulta difícil no ver –a través de la ironía maliciosa de Reynel– la asimilación de la falta de limpieza física gallega a otra mucho más grave, la falta de limpieza

14. Lope, *El Dómine Lucas*, Acad. N., t. XII, Acto I, p. 46.

15. Caramés Martínez (1993: 199).

16. *Obras...*, RAE, t. II, Acto I, p. 194.

17. *Obras...*, Acad. N., t. IV, Acto II, pp. 49-50.

18. *Obras...*, RAE, Madrid, t. XI, Acto II (1929: 524).

de sangre, ya que la «repugnancia» con la «Santa Limpieza» no puede dejar de evocar el temible tribunal de la Santa Inquisición... Pero si no me parece frecuente ese género de asimilación, en cambio Lope se refiere muchas veces a los puercos, y no exclusivamente para sugerir indirectamente la pretendida falta de higiene gallega, como es el caso en *El mejor alcalde, el Rey*, en boca del personaje del gracioso y porquero Pelayo:

Sancho, vos que sabéis cosas de amores,
decir una mujer hermosa y rica
a un hombre que es galán como unas flores:
«gordos están los puercos», ¿no significa
que se quiere casar con aquel hombre¹⁹?

No será particularmente «gallego» en lacayos lo de la adicción al vino –aunque fuese y es una realidad objetiva la buena fama y calidad de vinos gallegos como el de Ribadavia– porque ante todo se trata de una característica convencional en todos los graciosos de la comedia nueva, cualquiera que sea su origen geográfico. Pero el mencionar un vino o un manjar propio de Galicia bien puede contribuir a dar cierta credibilidad al ambiente gallego de una comedia o de ciertos pasajes suyos, si ese género de «galleguismo» de un gracioso es ante todo un modo irresistible de hacer reír al público de los corrales madrileños.

En cuanto a las comedias de Tirso en relación con lo de Galicia, volvemos a encontrar, desde luego, el último rasgo referido, lo de la afición al vino con el gallego bebedor, así como las alusiones inevitables a los nabos, pero también el tópico de la gallega ancha de caderas y el de la esposa infiel, como en *El escarmiento para el cuerdo*:

GARCÍA ¿Cómo te llamas?
CARBALLO Carballo,
 porque no sé en qué fayancas
 mi madre, ausente el marido,
 jugando pidió partido
 (son las gallegas muy francas).
 Y un lencero algo molesto
 que el matrimonio terció
 perdiendo se levantó
 y yo me quedé por resto²⁰...

Este criado que cumple con la función dramática del gracioso habla de sus padres en estilo picaresco, y a través de la metáfora del juego de naipes, alude a la infidelidad de la madre, luego a su propio nacimiento de bastardo, siendo –salvo omisión mía– una manera algo original de tratar del tópico de la gallega poco virtuosa. Y no falta tampoco en Tirso la reputación que se hizo a los gallegos de ser incapaces de guardar un secreto, como lo vemos en la comedia anteriormente mencionada:

19. *Obras escogidas...*, op. cit., Acto I, p. 474b.

20. *Obras...*, BAE, Madrid, t. V, Acto II, pp. 66-67

GARCÍA Si sois gallego no dudo
 Publiquéis cualquier secreto
 En viéndoos en aprieto.
 CARBALLO Ninguno allí nace mudo²¹.

O más exactamente, era uno de los defectos achacados a los lacayos gallegos –corroborado por lo que dijo Lope en *La paloma de Toledo*– si en otras ocasiones Tirso tomó su defensa.

El personaje gallego y lopesco de don Juan de Castro

Lope de Vega le dedicó a don Juan de Castro dos comedias, dos «partes²²», lo que es un indicio suficiente de la importancia que cobraría tal personaje para él. En cuanto a la edad, por supuesto no tendremos ninguna precisión aritmética, como era corriente en las comedias, y basta entender que es un hombre joven, lo mismo que su medio hermano Rugero. La juventud, aparte de todas las cualidades esperadas en un caballero, formará parte de la atracción amorosa que ejercerá en su joven «madrastra», la Princesa de Galicia, recién esposa de don Pedro de Alarcos. Empieza la primera parte, pues, de *Don Juan de Castro* por una conversación de la Princesa de Galicia con su dama de compañía, Rosela, y tratan de amor. Pronto entendemos que el amor en cuestión es más bien ilícito, porque procedente de Barcelona la Princesa antes esposa del Conde de Barcelona que le dio un hijo, Rugero, al casarse con el Príncipe de Galicia, y al ver crecer a su alnado, don Juan, acabó por enamorarse de éste. Y ella misma lo evoca de esta manera halagadora:

Mas ¡ay de mí, que don Juan
 en gracia y virtud creciendo,
 en donaire, armas y galas,
 en gentileza e ingenio,
 con ser mi alnado, Rosela,
 ha sido un rayo, un incendio
 que me ha vuelto el alma Troya,
 de día y de noche ardiendo²³!

Pero tengo que hacer constar inmediatamente que estamos ante los principios de la construcción de un personaje dramático, y que el mismo Lope escribió en su dedicatoria al conde de Cantillana que su *Don Juan de Castro* es «historia verdadera con otro nombre, y por la licencia referida, fábula poética²⁴». Dicho de otra manera, en esa «extrañísima comedia» de apariciones (Menéndez Pelayo), no hace falta indagar por la historicidad de los sucesos ni de los apellidos: hace ya muchos años que se notó lo «antihistórico» de aquel Don Juan de Castro, «hijo de un Príncipe de Galicia que jamás existió²⁵». Pero

21. Citado por Placer (1949 : 454). En cuanto a Lope, en la misma página, nota 110, se leerá: «Porque han de ser los criados, / salvo en todo los gallegos, / obedientes como ciegos, / y como mudos callados.»

22. Citaré en la ed. de la BAE, *Obras...*, XXX, *Comedias novelescas*, Madrid, 1971.

23. *Op. cit.*, Acto I, p. 84a.

24. Lope, dedicatoria a D. Juan Vicentelo y Toledo, , *ibid.*, p. 81.

25. Sánchez Cantón (1969-1971: 103).

sigamos con la manera lopesca de elaborar progresivamente a través de lo que otros personajes dicen de él, de sus propias palabras y acciones, a su noble hidalgo gallego. De todos modos, el amor incestuoso de la Princesa de Galicia por él le obliga a huir de Galicia, por mar, y si no se nos precisa el lugar exacto donde viven, probablemente no estaremos muy lejos de El Ferrol. Y cuando se lamenta por el «deseperado deseo / de una mujer atrevida...²⁶», o sea de su madrastra, evocará con nostalgia anticipada y orgullo a Galicia y sus orígenes:

Fértiles y hermosos campos
de lo mejor que en Galicia
baña el noble mar de España,
solar de mi casa antigua,
honor de Castros y Andradas;
padre ilustre, a quien inclinan
sus cabezas estos montes
desde el Ferrol a Castilla²⁷...

Y, un poco más lejos, no se pueden ignorar estos versos que demuestran amor por su país:

DON JUAN Adiós, España; adiós, Galicia amada.
ROBERTO Adiós, Galicia, hasta que vuelta demos.
DON JUAN Adiós, Monforte, Sarria, Andrada y Lemos.
ROBERTO Adiós, magostos de castaña asada.
DON JUAN Adiós, querida patria, siempre amada.
ROBERTO Adiós, nabos, que ya no nos veremos.
DON JUAN Adiós, montañas, de nobleza extremos.
ROBERTO Adiós, carnero y vaca regalada²⁸...

Ahora bien, en pocos versos, volvemos a encontrar lo que se dijo antes, lo de la buena imagen de la nobleza gallega con don Juan de Castro, mientras que Roberto alude a los «nabos» que personifica, en clave cómica, y no faltará, por supuesto, a continuación la mención del famoso vino de Ribadavia... Siempre en el Acto primero, cuando ocurre el naufragio, habrá la invocación de Santiago:

¡Valedme, Virgen santa!
Santo Patrón gallego,
Que en el fin de la tierra dais principio
Al límite de España²⁹...

Como se puede adivinar, habrá muchos sucesos en esta parte y la siguiente, pero el ambiente fantástico podrá crearse a partir de su llegada a la costa inglesa, con el piloto Tibaldo, que no tardará en morir y pide confesión, afligiéndose por deber dos mil duca-

26. *Op cit.*, Acto I, p. 91a.

27. *Ibid.*.

28. *Ibid.*, p. 93a.

29. *Ibid.*, p. 98b.

dos. Y nuestro protagonista muy cristiano, noble y gallego –aunque «antihistórico»– se compromete a pagarlos por él y a procurarle confesión. Lo fantástico empezará con la aparición nocturna y sobrenatural de Tibaldo que le promete ayuda a don Juan de Castro en varias ocasiones importantes, pero con un concierto (el de darle la mitad de sus ganancias...). En el Acto tercero, hasta el Rey de Irlanda (no muy histórico tampoco) confirmará la nobleza y el galleguismo del extranjero don Juan de Castro en estos términos:

Vino del fin de la tierra,
 donde el claro mar de España
 la torre de Hércules mira,
 de Roma un tiempo atalaya...
 digo, de la tierra misma
 que con su cuerpo consagra
 el Apóstol de Dios primo,
 y les dio la roja espada,
 don Juan de Castro, famoso
 Conde y señor de Villalba,
 del Príncipe de Galicia
 hijo: así agora le llaman³⁰.

Es evidente que pueden asombrar al lector actual las dos partes de tal comedia, con las intervenciones decisivas de una fantasma, y varias peripecias imposibles de creer, pero la teatralidad es muy intensa, y lo que cuenta más es lo que reza el subtítulo de la segunda parte: *Hacer bien a los muertos*, con la idea de que no en vano será, y es verdad que Tibaldo le permitió a don Juan de Castro casarse con Clarinda, la hija de Eduardo, rey de Inglaterra, luego, salvar a su medio hermano Rugero muy cerca de morir enfermo de la peste. Y al final de la segunda parte, Tibaldo que le es agradecido, habla de esta suerte a don Juan de Castro:

Por esta hazaña, don Juan,
 Y los fuegos que he pasado,
 El tao de san Antón,
 Traerán desde hoy más los Castros,
 En sus armas generosas³¹.

El personaje tirsista de la gallega Mari-Hernández

Desde luego, mucho se ha escrito sobre tal personaje femenino, y recientemente se afirmó, una vez más, que dicha comedia de Tirso de entre todas «es la más galaica³²». Ya en sus tiempos estimó Blanca de los Ríos que «en pocas obras de nuestro gran Teatro nos penetra tan sensiblemente el espíritu de los lugares, el *genus loci*, como en *Mari-Hernández*, donde se respira a Galicia, y se respira también la juventud del poeta al concebir

30. *Ibid.* P. 123a.

31. *Op. cit.*, p. 202b.

32. Sofía Eiroa (2003 : 44), en su bella edición de *Mari-Hernández, la Gallega*, I. E. T.

su deliciosa farsa, transfundiéndole su doble potencia de realismo y de poesía³³». Ahora bien, María es sin lugar a dudas el protagonista femenino de la pieza, el personaje epónimo, y como ya lo señalé para don Juan de Castro no nos sorprenderá mucho no conocer su edad, a pesar de celebrar su cumpleaños –a regañadientes³⁴– en el segundo acto, pero María debe de ser una moza muy joven: por su inexperiencia en materia amorosa que la lleva a no saber lo que siente por el portugués don Álvaro, a cuestionar a Dominga sobre lo que son los celos y el amor... Ya en el primer acto, desde el primer encuentro con el galán dormido –a quien tomaba por un judío y primero pensaba matar con una pedrada– no comprende lo que siente, lo que le pasa, y dice en aparte:

Ya no quedo de provecho
Después que vi este garzón:
Saltos me da el corazón;
Cosquillas tengo en el pecho.
¡Válgame Dios! ¿Qué será
lo que siento³⁵?

Desde luego, aparte del aspecto «gallego» que quiso prestarle Tirso a su protagonista femenina, Mari-Hernández es la fusión artística y dramáticamente lograda de dos arquetipos bien conocidos: el de la villana o serrana arisca que se encuentra con un caballero, y el de la señorita capaz de disfrazarse de hombre para conseguir su objeto amoroso (y tomo «objeto» en el sentido actancial, por supuesto). Los toques de rusticidad, incluso en su hablar³⁶, contrastarán con el lenguaje refinado de su rival en amor –la noble portuguesa doña Beatriz de Noroña, pero, precisamente, es que para ser «creíble» –y algo cómico– una joven gallega rústica tiene que salir a escena «por las peñas» y «con vestido y tocado a lo gallego³⁷»... El aspecto físico de María, como suele ocurrir, no da lugar a mucha precisión, pero le bastará al lector adivinar que debe de ser muy hermosa para poder enamorar tan de pronto a don Álvaro (ya amante de la «hermosura menor» de la noble doña Beatriz), ya que es «sol», «espejo / de Galicia³⁸», sus manos idealmente blancas, como cristal o nieve, y otras imágenes por el estilo consabido neo-petrarquista. En cuanto a la época en que vive, la pieza en principio se refiere a los Reyes Católicos, pero por ciertos detalles –lo antijudaico– asistimos a una superposición de rasgos antisemitas con la expulsión de los moriscos bajo Felipe III. Se destacará en tal protagonista gallego una capacidad de evolucionar desde la candidez rústica inicial a su profundo amor por don Alvaro que la empuja a enfrentarse directamente –a pesar de la distancia social– con doña Beatriz, en una escena que no carece de cierta comicidad (la noble furiosa tildada de «sebosa» y que no se distingue mucho de María, por los insultos, las amenazas mor-

33. Blanca de los Ríos (1962: 55a).

34. En efecto, está muy descontenta con su cumpleaños, ya que preferiría morirse hermosa y moza que llegar a ser vieja, «aborrecible cosa»... Acto I, esc. IX, p. 75a (véase bibliografía).

35. Acto I, esc. X, p. 77b.

36. Que varias veces, más que a gallego, puede sonar a sayagués: «Hoy, Dominga, que cumpro años (...) / ¡Merá! / Y ¿qué he de hacer con tanta edad, / si enfadar a los discretos?», Acto I, p. 75a.

37. Acto I, esc. VIII, p. 74b.

38. (Carrasco) Acto I, esc. VI, p. 72b.

tales, la agresividad). Además mostrará mucha valentía –matará en duelo al traidor don Egas– y denuedo para llegar a casarse con don Álvaro, y mucho donaire e ingeniosidad presentándose ante el conde de Monterrey disfrazada de hombre, con una identidad imaginaria (Juan García de Morrazos) y hablando de modo extraño y divertido, en una mezcla de gallego-portugués y castellano:

Dēime a besar os pes,
Señor, vossa señoría,
Porque muito dezejaba
Conocer a rama antiga
Do tronco de quem descendo³⁹

Otro personaje de gallega –su criada Dominga– se merecería todo un estudio particular, y como estamos acostumbrados en las comedias nuevas, conocerá amores paralelos con el gracioso Caldeira.

A pesar de cuanto queda por indagar en este campo, me parece posible hablar de «personajes gallegos» en Lope y en Tirso, ya a través de varias características positivas y negativas, formando parte éstas de la «leyenda negra» de Galicia y de los gallegos vistos desde Castilla. Pero, en la construcción de personajes gallegos, si también puede intervenir en ambos la adulación a mecenas, Tirso me parece llevarse la ventaja, porque puede crear un ambiente gallego más sensible, y no veo nada semejante a la atractiva y algo compleja gallega Mari-Hernández en todas las comedias de Lope, tampoco un «meta-personaje» gallego como Juan García de Morrazos.

Bibliografía

- CARAMÉS MARTÍNEZ, X. (1993): *A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá*, Vigo: Galaxia.
- EIROA, S. (ed.) (2003): Tirso de Molina, *Mari Hernández, la gallega*, Madrid-Pamplona: Instituto de Estudios Tirsianos.
- PLACER, G. (1949): «Tirso en Galicia», *Tirso de Molina*, Revista Estudios, pp. 415-478.
- RÍOS, B. DE (ed.) (1962): Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, Madrid: Aguilar.
- RYNGAERT, J.-P. (2000): *Introduction à l'analyse du théâtre*, Paris: Nathan.
- SÁNCHEZ CANTÓN, F. J. (1969-1971): «Galicia en Lope de Vega», *El museo de Pontevedra*, XXIII-XXIV, pp. 85-114.
- TEIJEIRO FUENTES, M. A. (1996): «Galicia y los gallegos en la literatura española del Siglo de Oro», *Scriptura*, 11, pp. 203-246.
- VÁZQUEZ MARTÍNEZ, Alfonso (1957): «Galicia y Lope de Vega», *Boletín de la Real Academia Gallega*, 27, n° 309-320, pp. 497-537.

39. Acto III, esc. V, p. 96b.